

¿Sirven para algo las ciencias sociales?

Por Alejandro Grimson

Universidad Nacional de San Martín y CONICET

Las ciencias sociales han sido acusadas de ser abstractas, pero se parecen a las brujas: que las usan, las usan. La usa el Estado para construirse, ofrecer una idea de totalidad y saber dónde está parado, entre cuánta gente, de qué edades, sexo, ingresos, origen... Las usan los políticos, pero sólo para cosas que les importan: las campañas y la evolución de su imagen pública. La pregunta es por qué, si usan los conocimientos sociológicos en esas tareas tan importantes, no lo hacen también en cuestiones “menores”, como puede ser la elaboración y la evaluación de políticas públicas.

Hay áreas del Estado que han avanzado en ese sentido, no sólo en usar a las ciencias sociales, sino en reconocer su uso, aunque todavía no en apoyar más claramente su desarrollo en el país. Pero no es la regla: por eso cuando altos funcionarios descalifican a las ciencias sociales, aludiendo al lugar común anti-intelectual, no se escucha la voz de otros de funcionarios que no reconocen ese estereotipo.

Algunos colegas preferirían intervenir en este debate enfatizando la relevancia de la *inutilidad* del pensamiento social. La cuestión de la utilidad del conocimiento plantea un debate acerca de la definición de los propios fines, mucho antes de establecer qué medios se corresponden con dichos fines. La primera definición es que el conocimiento es un fin en sí mismo. Es el ser humano el que ha hecho las sociedades y el que necesita, para vivir en ellas, conocerlas. La pregunta que nos orienta es si las ciencias sociales, tal como las conocemos hoy, además de ser un fin en sí mismo son o pueden ser un medio. Y para qué fines.

Si estuviéramos frente a un instrumentalista extremo, deberíamos recordarle que jamás es posible establecer *a priori* todas las utilidades potenciales que tendrá en el presente y en el futuro un nuevo conocimiento. Ciertamente, las ciencias exactas y naturales desarrollan una investigación básica cuya potencial utilidad social es conocida muy parcialmente. Si la urgencia de la instrumentalidad mandara en cada una de las situaciones, convertiríamos la investigación científica en aplicaciones técnicas sin fundamentos y, en más de un caso, sin parámetro ético alguno. Si concebimos al desarrollo de la humanidad no sólo como crecimiento puramente económico, ni siquiera sólo como distribución justa de ese crecimiento, sino como crecimiento y desarrollo

también cultural, entonces la respuesta es más sencilla. Bienvenida cualquier buena aplicabilidad de un conocimiento, pero acéptese que conocer es un fin en sí mismo.

Habiendo dejado sentado, entonces, que el paradigma de la instrumentalidad no puede ser el todopoderoso, me concentraré aquí en discutir justamente las definiciones de instrumentalidad vigentes y entonces retornar a la pregunta del título. Dicho de otro modo: pretendemos saber si las ciencias sociales sirven para algo, incluso si ideológicamente sería necesario defenderlas aunque “no sirvieran para nada”.

Deseo explicitar un contexto social, científico, político que está en el origen del debate que instaló la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología. La actividad científica en la Argentina atraviesa una creciente jerarquización, expresada en la expansión de la investigación, del CONICET, y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Esto se debe a decisiones políticas que vienen afianzándose en los últimos años. Desde las más altas esferas se ha proclamado que la producción de conocimientos es condición imprescindible para construir un país económica y socialmente desarrollado.

Esta importante transformación, siempre perfectible, ha otorgado nueva relevancia a antiguos debates. Por ejemplo, se ha afirmado que jerarquizar la ciencia es apoyar a las ramas de la física, la química, la biología y otras disciplinas exactas y naturales capaces de producir tecnologías que tengan un impacto productivo directo. Si bien éste es un capítulo clave del desarrollo científico de un país, pretender convertir a un solo capítulo en un libro entero degrada a ambos. Es necesario considerar también el capítulo de las ciencias sociales, que ha sido considerado mera especulación, cuando no crítica política del propio Estado.

El fortalecimiento de la ciencia es pensado hasta ahora como cuestión de desarrollo económico y tecnológico. La trampa de una ideología productivista radica en establecer la pertinencia o no de un proyecto de investigación en función de fines que se toman como dados por la naturaleza, cuando son definidos por valores de grupos sociales específicos. ¿Contribuye este proyecto a un incremento de la producción o de la productividad? Podemos imaginar preguntas que contrastan brutalmente con esta y que se refieren a una investigación filosófica y antropológica: ¿deseamos incrementar la producción? ¿por qué? ¿para quién? ¿qué producción?

El saber técnico tiende a considerar natural su ideología productivista, pero esas prioridades han sido fijadas por agentes sociales en contextos históricos. La promesa de producción de tecnologías científicas útiles para incrementar el producto y

especialmente el exportable resulta preferible al intrincado debate que implicaría abrir la compuerta de saber qué puede incrementarse de manera social, cultural, ambientalmente sustentable y con fuertes efectos redistributivos. Definiciones ideológicas como que el incremento en sí resulta irrelevante si no se anuda a su propia redistribución social, aparecen para el productivismo como intervenciones interesadas de grupos minoritarios de teólogos sociales.

De la instrumentalidad a la autonomía relativa

Habría que preguntarle al gobierno de Estados Unidos si consideraron muy abstractos los años de estudios de antropólogos sobre japoneses que culminaron, al final de la Segunda Guerra, con la recomendación clave de no destituir ni asesinar al Emperador nipón. También se podría interrogar a la Naciones Unidas y a los estados que agrupa acerca de si podrían construirse sin censos nacionales e información estadística.

La exigencia de utilidad a las ciencias sociales no es patrimonio del Estado, del capitalismo o del neoliberalismo. También las tradiciones militantes preguntan acerca de las consecuencias que una aseveración tiene para la acción. El punto clave es: ¿hay alguna autonomía entre lo observable, lo analizado y su instrumentalización? Sí. O bien los análisis sociales nos interpelan para revisar los supuestos previos o bien se convierten en intervenciones puramente políticas disfrazadas de otro lenguaje.

La autonomía del análisis y la construcción de una distancia nada tiene que ver con la ilusión de unas ciencias sociales ascéticas. Las preguntas que formulamos hunden sus raíces en preocupaciones normativas, éticas, políticas, ideológicas. Como dice Boaventura de Souza Santos, “el malestar, la indignación y el inconformismo frente a lo que existe sirven de fuente de inspiración para teorizar sobre el modo de superar tal estado de cosas” (2008:18). Pero debemos tener mucho cuidado de contaminar a las respuestas de nuestros deseos e ilusiones, de nuestros escepticismos.

Hace algo más que una década atrás, el vicescanciller argentino les hablaba a notables historiadores de Brasil y Argentina diciéndoles que ahora que estábamos embarcados en el Mercosur resultaba necesario que los académicos mostraran la larga historia de la integración entre nuestros países, una tradición integracionista. Hilda Sabato le respondió al vicescanciller:

“las preguntas que hacemos al pasado están fuertemente marcadas por el clima de ideas del momento, que de alguna manera define la pertinencia de los interrogantes. Es importante, sin embargo, que ese clima limite lo menos posible las respuestas, porque si no nuestro trabajo como historiadores sería ocioso” (Sábato, 1998:709).

La afirmación de Sábato es decisiva por razones teórico-metodológicas y políticas. Las consecuencias teórico metodológicas son evidentes: si la historia fuera algo puramente manipulable *a piacere*, es mejor no hacer investigación. Cuando se presentan estas manipulaciones no estamos ante usos de la historia como disciplina, sino ante usos del pasado. Cumplir el pedido del vicedecano de una historia que invente la integración hubiera debido ocultar que esa integración no existió porque la Argentina y Brasil habían elegido otro camino.

Si hay algo que necesitamos comprender los argentinos son las causas del fracaso de nuestro país en el siglo XX. Para ello, necesitamos de las ciencias sociales como el agua. Por ejemplo, es posible que entre esas causas haya tenido un papel la soberbia nacional implicada en las ideas de granero del mundo y de enclave europeo en América Latina, así como la persistente concepción dicotómica de la política argentina que en sus momentos más agudos llevó a guerras civiles abiertas o larvadas y al terrorismo de Estado.

¿Cómo vamos a proyectar un futuro diferente sin comprender las causas de nuestros fracasos? ¿Cómo construir un horizonte nacional democrático e igualitario arraigado en imágenes europeizantes del país, en un antiguo centralismo? ¿Cómo comprender quiénes somos sin entender nuestra diversidad cultural, las persistencias de desigualdades sociales, la fragilidad de nuestras instituciones? De la misma manera, ¿cómo tomar decisiones sobre pobreza, desempleo, trabajo en negro si no tenemos datos confiables en el INDEC?

Piénsese que hace más de dos mil años Tucídides decía que conocer el pasado es un fundamento necesario para nuestro juicio acerca del presente: esta idea aún no se ha instituido como criterio básico para el desarrollo de las políticas públicas en Argentina.

Relaciones entre ciencias sociales y el poder

Estos problemas lejos están de derivar sólo del Estado y los políticos. Las ciencias sociales deben problematizarse y pensarse a sí mismas. ¿Cómo pensar las relaciones de las ciencias sociales con el poder? Todo investigador social que se precie

siempre insistirá en la necesidad de garantizar la autonomía de las ciencias sociales respecto del poder, especialmente del Estado. Pero al mismo tiempo prevalece en muchos investigadores una visión homogénea del Estado, muy lejana a los matices y contradicciones. Si para algo sirven las ciencias sociales es para desnaturalizar, para no analizar “los hechos sociales como cosas”, sino como procesos.

Puede presuponerse que el Estado siempre recibirá con desagrado y rechazo los diagnósticos que traen malas noticias. Sin embargo, sería necio no reconocer en diferentes poderes del Estado hay personas que han producido en el pasado y siguen creyendo en esos diagnósticos.

El Estado, en su historia reciente y bien conocida, tiene la máxima responsabilidad por ese hiato con los universitarios. A su vez, las ciencias sociales evidentemente tenemos responsabilidad, en la medida en que nuestras percepciones sesgadas del Estado nos impiden o dificultan buscar modalidades de intervención.

Tecnocracia y tecnopolítica

La economía es considerada habitualmente la ciencia social más útil y evidentemente vinculada a la política. De hecho, la construcción de legitimidad de los noventa fundamentaba el modelo en el saber científico de la economía. Cuando reclamamos que un saber hacer político requiere del saber sociológico, es lo contrario que afirmar que el saber sociológico debe erigirse en el propio saber político. No sólo el conocimiento social no debe pretender una sociedad gobernada por el pleno consenso técnico. Tampoco sería esto posible: si algo sabemos acerca de las sociedades es que no existen sociedades sin diferencias, desigualdades y conflictos. Y esos conflictos no se saldan a través de la economía ni de la antropología, sino a través de la política.

¿Estamos diciendo que las ciencias sociales son objetivas y enuncian verdades? No nos produce vergüenza la palabra “verdades”: la indigencia es insuficiencia alimentaria. Según la definición que se use de “pobreza” o “desocupación” habrá más o menos personas incluidas. Recientemente hemos escuchado los ecos de un debate análogo en la astronomía. ¿Es Plutón un planeta? Depende de la definición de planeta, qué incluye, qué excluye. Para el astrónomo hay cosas que dependen de definiciones y otras no admiten debate. Para nosotros también.

Cuando los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres no admitimos debate en el diagnóstico de incremento de la desigualdad social. Inclusive si

hay mucho crecimiento económico. Ahora, es terreno soberano de la ciudadanía y de quienes los ciudadanos elijan decidir si quieren una sociedad con menos pobres aunque haya mayor concentración, o si consideran una prioridad una mayor distribución.

Agregar conocimiento a las políticas públicas

Si pretendemos un país con más tecnologías, mejor insertado en la “sociedad del conocimiento”, con mayor capacidad productiva, las prioridades en software, biotecnología y nanotecnología definidos por el nuevo Ministerio parecen bien orientados. Pero si además quisiéramos un país con menos pobreza y desigualdad, que reconozca cabalmente su diversidad cultural, con instituciones más sólidas y un Estado más eficaz, en esas prioridades hay una ausencia notoria: las ciencias sociales.

Resulta clave generar recursos de todo tipo para que cada día el país y su producción puedan agregar conocimiento. Pero hoy la Argentina reclama con urgencia agregar conocimiento a las políticas que puedan reconocer la diversidad y reducir drásticamente la pobreza, la indigencia, el trabajo en negro, la desigualdad. El conocimiento como valor agregado es un proyecto estratégico, pero si eso se desconecta de agregar conocimiento social que se traduzca en el sentido indicado, la Argentina podrá crecer o no, pero seguro será un país socialmente injusto.